

PALABRAS A LOS ALUMNOS DEL NUEVO CURSO

P. Carlos Bazarra, O.F.M. Cap., Presidente de la CONVER

En este comienzo del nuevo curso 2001-2002 quiero dirigirme a los estudiantes del ITER. Alumnos de los bienios de licenciatura pastoral y de espiritualidad. Alumnos que comienzan su último año con la preocupación de realizar su síntesis teológica. Los que se asoman al horizonte del propedéutico filosófico, y los que se hallan inmersos en las reflexiones filosóficas y teológicas de los ciclos básicos. Ustedes son la razón de ser del ITER. Sin ustedes no tendrían sentido los 23 años de existencia de esta aventura evangélica que constituye el Instituto Teológico, al principio con la motivación de que “aconteciera la vida religiosa en Venezuela”, y después explicitándose en tarea eclesial, abriendo sus puertas a las religiosas, a los seminaristas y a los laicos, no sólo de Venezuela sino del Continente latinoamericano y del Caribe. En estos años hemos ganado en catolicidad, y hoy podemos contemplar el panorama de un movimiento juvenil alegre y esperanzado que desafía al “presbiterio” en su sentido etimológico, de veteranía y ancianidad, con la necesidad de nuevas experiencia que enriquezcan, desde abajo, desde la infancia espiritual y desde la pobreza de espíritu, esta iglesia que necesita reorientarse en el genuino sentido evangélico de “nacer de nuevo”.

Son muchas las cosas necesarias en clave de “conversión”. Pero quiero referirme únicamente a algo que les incumbe a ustedes y que hoy les vengo a pedir con el corazón en la mano. Se trata de superar una tentación típica a la que sucumben muchos jóvenes en este período de formación. Me refiero a la formación académica filosófica y teológica. Es el peligro de considerar el estudio como un enemigo de la vivencia evangélica, enemigo de la espiritualidad. Se “demoniza” el esfuerzo intelectual y se piensa que para ser buen cristiano y buen religioso, no hacen falta libros ni clases ni apuntes. Se apela a la frase de que Dios se oculta a los sabios y se revela a los pequeños. Pero no nos damos cuenta de que esa justificación requiere acudir a la Biblia,

el libro por excelencia, y de que la Palabra de Dios reclama el desarrollo de los talentos y de no enterrar el don recibido. No se puede ser cristiano sin el cumplimiento del deber. La flojera nunca puede ser la base de la fidelidad evangélica. Es cierto que muchos se entregan de tal manera a la investigación científica que se olvidan de vivir y practicar la fe que profesas; pero no es menor el peligro de quienes piensan ser buenos creyentes descuidando la verdad de la Palabra divina.

Necesitamos testigos, agentes pastorales, religiosos y religiosas, sacerdotes que sepan dar razón de su esperanza a quien se lo demande; estudiantes conscientes de que Dios les pide preparar los temas, asistir a la clase, elaborar los trabajos encomendados y profundizar la Biblia que debe ser el alma de la Teología.

De este modo haciendo de la teología oración, y de la oración urgencia por conocer la voluntad de Dios, estaremos logrando la síntesis personal y eclesial que hoy el mundo espera de nosotros.

La dimensión académica no es un capricho del que podemos prescindir, sino exigencia ineludible de la Palabra de Dios. Quien busca la verdad, está en camino de encontrar a Dios, fuente de toda verdad. Quien rechace la verdad, ha perdido la gran oportunidad de encontrarse con Dios. Dios ha pasado de largo, y nosotros permanecemos en la tinieblas, no sabiendo a dónde vamos, aunque creamos que el Señor está con nosotros. *Timeo Jesum transeuntem et non redeuntem* (Temo que Jesús pase y no vuelva), advertía San Agustín. Ya es hora de adorar al Padre en Espíritu y en verdad.

En el pórtico de este curso quiero dejarles, para que sea un año de gracia, las palabras de Juan: “Caminen mientras tengan luz, para que no les sorprendan las tinieblas; el que camina en tinieblas, no sabe a dónde va. Mientras tengan luz, crean en la luz, para que sean hijos de la luz” (Jn 12, 35-36). “Yo soy la luz del mundo; el que me siga, no caminará en la oscuridad sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8,12).